

COMISIÓN DE MONUMENTOS DE GUIPZCOA

VELADA EN HONOR DE COLÓN

DISCURSO DEL SR. D. JOSÉ MARÍA GARCÍA ALVAREZ

S E Ñ O R E S :

Movido por insinuaciones á que debe atender siempre el individuo de una corporación, y respondiendo á invitación delicada de la digna Comisión de Monumentos, he aceptado la carga de levantar aquí mi pobre palabra, tan solo por unir á esta solemnidad el concurso entusiasta del profesorado del Instituto provincial, y asociar el puro sentimiento de su veneración y patriotismo al presenta concierto en que los pueblos civilizados consagran ante el altar de la humanidad á la memoria del hecho más importante que abre la edad moderna, y el más trascendental de la patria historia, gloria de Colón y lauro de España.

Acción grande é interesante de complejas fuerzas humanas y vastas consecuencias históricas es la que nos reune y armoniza esta noche en este recinto, por la iniciativa de la ilustrada Comisión de Monumentos, que merece el aplauso y el reconocimiento de cuantos sientan en su corazón el culto, que significa, de la virtud y del sacrificio por el bien de los hombres, tributado á los nobles esfuerzos y esclarecidos hechos de aquellos insignes obreros del engrandecimiento de la patria y del progreso humano, y de cuantos se interesen en los fecundos resultados de la empresa de aquel memorable antepasado, que abrió á la civilización un campo inagotable de triunfos y conquistas, y rejuveneció con una nueva humanidad la vida del viejo mundo. Empresa vasta y grandiosa, que se elabora en los re-

cónditos y silenciosos centros de la mecánica social. La ciencia la funda, el progreso la prepara, el genio la concibe y desarrolla, el patriotismo la inspira, la fe religiosa la ayuda y alienta, y el heroísmo la realiza para bien de la historia y engrandecimiento de la humanidad.

En las grandes obras del genio hay siempre un elemento colectivo, factor noble y generoso, héroe anónimo que se funde totalmente en la obra sin dejar rastro de su existencia individual. En el descubrimiento de América ese factor fué el pueblo español, que abrió los horizontes al genio, su corazón al ideal, y su esforzado pecho á la tenebrosa empresa. Poderosos fueron sus esfuerzos, intensos sus sufrimientos, crueles sus angustias, pequeña y misera su recompensa. Ni se libraron de los arteros golpes de la envidia y la calumnia; y aún se necesita que las generaciones de cuatro siglos después vengan hoy á tributarles el respeto de su memoria, el homenaje de su gratitud.

Señores: cuando los pueblos de Europa formados sobre las ruinas del antiguo mundo pagano contemplaban el triunfo de la nueva religión y de las nuevas razas, Europa se creía tan vieja que solo pensaba en la muerte, y tan alejada de la mano de Dios que solo aguardaba al ángel exterminador. Entonces, en este rincón occidental se recogía todo el saber del mundo antiguo, como para traerlo á nueva y más intensa vida, y se pensaba en Dios para dar valor á los hombres, conquistar la tierra y hacer amable la vida. Los árabes habían traído á la península el saber del mundo oriental, y España fué quien lo recibió y lo entregó á la corriente de la civilización, difundiéndolo en las nacientes nacionalidades. De sus escuelas nacen las más afamadas de Europa. Desarrollan las ciencias, perfeccionan las artes, inventan la brújula, generalizan la pólvora, describen la tierra y arrancan muchos secretos al cielo. En el siglo XI Mozluna vislumbra el sistema de Copérnico; los reinos cristianos prosiguen el movimiento intelectual de los árabes; reyes de Castilla buscan y protegen á los sabios sin reparar en su raza ni en su religión; Alfonso X se rodea de árabes y hebreos, y escribe sus tablas alfonsinas, monumento inmortal de las letras patrias. Al propio tiempo se protegía á nuestros navegantes para surcar y explorar los arcanos inmensos del infinito Océano, y se descubrían nuevas tierras y nuevos derroteros por los ignotos, y de tal modo trabajó el pueblo español en la obra de la civilización, siendo el centro de todo el saber del mundo en aquel tiempo, que al difundirlo en Euro-

pa preparó y fecundó aquella edad luminosa, creadora de tanto portento científico y artístico, en la cual vino Colón á la luz del mundo. Por mucho que Europa pierda la memoria de su vida pasada, no podrá olvidar lo que debe á España, ni será tan injusta que desconozca los méritos de nuestro genio nacional.

Mucho se ha escrito sobre Colón y sobre la empresa de este grande hombre, ora agrandándolo en formas románticas hasta lo maravilloso, ora empequeñeciéndole en apasionada crítica hasta lo injusto. Pero la historia rehará los juicios á la luz de la verdad. Colón fué un hombre de su tiempo, de su raza y de su clase: todo lo que tenía que ser. Profesor náutico, experto y animoso navegante, hombre docto en las ciencias de su profesión y versado en toda la cultura de aquella sociedad.

No fué Colón un pordiosero, ni un aventurero, lanzado al mar tenebroso en alas de sus febres sueños y de sus avaras ambiciones; sino un espíritu emprendedor, firme y animoso, seguro de sí mismo, henchido de una aspiración que se convirtió en hermoso ideal, y con caracteres del genio alternando con rasgos de calculador. Colón llevaba en su alma ardiente el espíritu de su siglo, con toda su fe, y todos sus anhelos. Colón era idealista creyente, instruido en las ciencias matemáticas, náuticas, astronómicas, cosmográficas é históricas, de viajes y exploraciones y muy culto en literatura de su tiempo. A la vez que cultivaba en sus estudios teóricos las ciencias todas de su profesión, practicaba experimentos como náutica sereno y peritísimo, y componía y construía mapas y practicaba otros trabajos de su profesión. Así vivió siempre, del producto de su trabajo, de su profesión, de su industria y de sus viajes, con las vicisitudes naturales en su vida emprendedora y arriesgada, y las dificultades consiguientes á quien consagra sus fuerzas á una magna empresa superior á sus medios y recursos, y las propias del medio y de la época en que se desenvolvió su agitada y laboriosa existencia.

La vida era entonces más dura y de más penosa lucha que al presente, y las empresas de la inteligencia y del espíritu encontraban oposiciones y limitaciones de todos lados. La ciencia, el saber y la cultura del espíritu eran patrimonio de escaso número; la ignorancia y la superstición imperaban extensas y profundas en el Estado, envoiviéndolo como densas nieblas desde la cima hasta su baja base; y en medio de tanta oscuridad y de dificultades tan inmensas, se ve siem-

pre el espíritu de Colón como luz brillante, atrayendo á todas las inteligencias distinguidas, y sorprendiendo á todos con sus proyectos y con sus ideas tan radicalmente opuestas á lo que la sociedad pensaba y creía, que no solo las gentes de las capas bajas del pueblo, sino que la misma autoridad y ciencia oficial, los sabios, los dignatarios y prelados de la Iglesia, los próceres del reino, recibían aquellas ideas de Colón cuando no entre risas y chacotas, como sueños de un visionario y alucinaciones de un loco.

Colón solo encontró ayuda en el pueblo, en la gran zona media de la sociedad, en el corazón y el genio español. Entre los hombres consagrados al estudio en los monasterios, á las profesiones y al comercio en la sociedad, religiosos, profesores, médicos, mercaderes, navegantes y artistas, halló Colón atmósfera para su ideal y sus proyectos, y auxiliares generosos para su empresa. Estos elementos y sus amistades personales le hicieron campo en la sociedad española, le abrieron las puertas de los palacios y le facilitaron llegar hasta las gradas del trono. Pero sobre todo aparece siempre la constancia de Colón, su firmeza en sus convicciones, su confianza en sus fuerzas, la luz de su inteligencia que no le abandona, el valor de su corazón que no le desampara, y los destellos de un genio que siempre le alumbraban el camino del nuevo mundo.

Mucho se ha Rabiado y escrito también sobre España, ya para ensalzarla, ya para denigrarla hasta el ultraje. No sabemos si España hubiera descubierto el nuevo mundo sin Colón. Lo cierto es que el pueblo español era á la sazon faro y guía del saber humano y de las exploraciones é inventos marítimos; la inteligencia poseía cuanto la ciencia abarcaba sobre los secretos del cielo y los arcanos de los mares; tenía navegantes arrojados y expertos para cruzarlos; y ningún otro Estado era más poderoso en Europa. Y bien podemos afirmar que sin España Colón no hubiera puesto sus piés en el continente americano. Ciento que encontró grandes dificultades y resistencias; que las altas clases gobernantes y dirigentes, los doctores oficiales, los magnates, la nobleza, los caudillos de la milicia de las armas y de la milicia clerical: hasta el mismo rey fueron hostiles á los proyectos de Colón; pero en cambio tuvo desde el primer momento el decodido concurso de la clase productora, del verdadero país científico y artístico, de los amantes esclarecidos de la patria, y sobre todo el corazón de una española, Isabel la Católica, que al fin inclinó la ba-

lanza de la nación á favor de la prodigiosa empresa. Por esto hemos dicho que los dos factores del descubrimiento de América fueron el genio de España y el genio de Colón, pues que solo el pueblo creyó y esperó en las revelaciones de aquel loco admirable, y juntos se embarcaron en débiles naves lanzándose al entonces mar sin orillas.

Las maledicencias de la envidia pasan, como las obras de las humanas miserias en la historia sin dejar huella y para no volver. Lo que no pasa, lo que permanece y queda para siempre es el bien una vez realizado, cuya voz de verdad siempre tranquila y elocuente acaba por ser de todos oída y acatada. No, ciertamente ni España fué ciego instrumento de las miras ambiciosas del navegante Genovés, ni pagó cruelmente sus servicios, ni ha hecho torpe uso de su descubrimiento. Colón forjó un mundo ideal sobre los fundamentos del saber humano de su época, lo fundió en el crisol de su genio, y lo ofreció y entregó á España; el pueblo español con sus riesgos, esfuerzos y heroísmo realizó su idea, y generosamente entregó á Europa el ideal realizado, hecho mundo real y viva humanidad. Colón sufrió luego todos los dolores de la persecución y la desgracia, como antes había sufrido todos los dolores de la penuria y de la impotencia. Pero la desgracia de Colón, las persecuciones con que le acosó la intriga, y el olvido ó menosprecio con que fué tenido por los gobernantes, eran condiciones naturales de los tiempos, comunes á todos los españoles de espíritu superior, y corrientes en las demás naciones. Los conquistadores del nuevo mundo, los virreyes y gobernantes pudieron ejercer tiranía y crueldad sobre los indios; ¿pero acaso aquí en España, como en las demás naciones de Europa, no sufrían nuestros antepasados la misma crueldad y la misma tiranía? Precisamente desde entonces el genio español comenzó á apartarse del poder; y perseguido constantemente por los gobernantes cayó en total abatimiento.

No se juzgue, pues, á nuestro pueblo por algunos rasgos de sus individuos ó de sus gobernantes. Nuestras leyes de Indias, nuestra civilización y nuestras costumbres en América, el corazón generoso español que cruzó su sangre con la de las razas sometidas ó conquistadas honrando siempre á la humanidad, las modernas nacionalidades hispano-americanas que emergen de aquella humana conjunción de españoles é indios, proclaman muy alto que no hay pueblo alguno entre los conquistadores y colonizadores del mundo antiguo y moderno, cuya conducta haya sido más generosa que la del pueblo español

y cuyo genio se haya inspirado en los nobles sentimientos de la humanidad más que nuestro genio nacional.

El descubrimiento de América es la más legítima gloria de España. Cuando en Italia, Portugal e Inglaterra fué tenida la empresa por negocio de gran riesgo y de problemático ó imposible interés, el pueblo español lo acogió como empeño humano, y le consagró sus esfuerzos, sus tesoros y sus hijos. Nosotros llevamos á América cuanto teníamos; nuestra fe, nuestra sangre, nuestro espíritu, nuestro tesoro, no para lucrar, sino para civilizar aquellas razas y extender la patria española. Español es cuanto de mérito ó demérito haya en la historia y en la civilización por el hallazgo de aquel continente; como había sido español aquel movimiento intelectual del mundo que inició en la muerte del intrépido náutico la concepción de su empresa; españoles fueron todos los medios y recursos de la empresa, españolas las naves y españoles los ciento veinte marinos que en ellas embarcaron con Colón en las playas de Palos.

Las razas arrancadas á la esclavitud y ganadas para la humanidad; los nuevos pueblos que se han formado en tierras ocupadas ayer por salvajes y antropófagos, y que van hoy á la cabeza de la civilización y del progreso humano; las ciencias todas vivificadas y engrandecidas, la medicina que recibió sustancias con las que hizo hermosos descubrimientos, la botánica que constituye su nomenclatura en gran parte con la flora de América; la historia, la filosofía, la lingüística, removidas por un nuevo mundo de problemas suscitados por la presencia de la nueva humanidad que trastornaba lo establecido sobre el origen y y la unidad de la especie humana, y de aquellas tribus antropófagas que ponían en tela de juicio la racionalidad del alma y la presencia de la idea de Dios en la conciencia del hombre; las industrias grandiosas, el portentoso comercio, las artes todas con gigantescos adelantos que sorprenden al viajero de la vieja Europa en aquellas tierras vírgenes hace cuatro siglos, nuevas sociedades, nuevas instituciones humanas, todo un nuevo mundo intelectual, artístico y social tan grande como el mundo material de aquel continente, predica la grandeza del pueblo español y clamará siempre ¡gloria á España! ¡gloria á Colón y los navegantes españoles!

Disipemos las nieblas de la envidia ó malquerencia, como también las del entusiasmo romántico ó sectario: pero rindamos acatamiento á la verdad, culto á la virtud, veneración al sacrificio y al heroismo.

Si se ha elevado la empresa de Colón poco menos que á la categoría del milagro y de lo maravilloso, es porque hay en ella mucho de grande y extraordinario; si se ha comparado á Colón con Cristo, es porque Cristo ofrece analogías con todo rasgo sublime, ó porque todo lo sublime moral se asemeja á Cristo. Grande, majestuoso es Cristo en la Montaña: bajo sus piés se estremecen los poderes de la tierra; su cabeza elevada la corona el cielo; y entre sus brazos estrecha á la humanidad. Pero es más sublime sufriendo el martirio y subiendo al Calvario: henchida su alma del ideal, va sereno é inflexible á realizarlo en su obra, á redimir á los hombres por amor á la humanidad. Todo su ser está consagrado á su idea; en ella se compenetra su espíritu, á ella obedecen sus potencias, y con ella se identifica su vida. Cayendo y levantándose sigue con su cruz á cuestas, sin que impulso de su alma ni acto de su cuerpo se aparten del ideal en el supremo trance de la lucha con la fuerza invencible; hasta que enclavado en su cruz, exclama, *¡consumatum est!*: mi obra está hecha.

Algo semejante, aunque de muy lejos, hay en Colón. También tiene su alma llena de su ideal, y á su triunfo consagra la vida. También pasa su calvario, y se arroja al sacrificio, hasta que descubre tierra y acaba su obra. Lo que después le quedó de vida, fué ciertamente lo que le ha sobrado. Apena y casi sonroja ver preso, agobiado por todos los dolores del infortunio, á quien poco antes había abierto á Europa el nuevo mundo. Que su memoria sea más venturosa que su vida. Que nunca falte la veneración de los pueblos al recuerdo de hombre tan meritorio, que recogió todas las luces de su esclarecido espíritu, todas las energías de su firme voluntad, y todo el arrojo de su corazón enamorado de una idea noble y humana, y dirigió todos los actos de su vida y los esfuerzos de su personalidad á la consecución de un fin grandioso é interesante á la humanidad entera. Y para honrar dignamente su memoria y venerar su recuerdo, conservemos su obra, restablezcamos el imperio moral de nuestro espíritu y de nuestra fraternidad en aquel continente en que perdimos para siempre todo otro imperio material, y perseveremos como él con todas nuestras fuerzas y nuestra vida en el ideal de servir y engrandecer á nuestra buena patria.—HE DICHO,

JOSÈ M^a MARCÍA ALVAREZ.